

Con el Padre Pío los trucos no funcionaban.

Hay que señalar, con todo, que el Padre, en algunas ocasiones, hacía alguna excepción a la regla, que adoptaba y que perseguía con rigor, si pensaba que podía conseguirse algún bien espiritual inmediato para las almas. Una vez se comportó de modo inesperado y se mostró tolerante con una señora que, pasando sus vacaciones en las playas del Gargano, acudió a San Giovanni Rotondo con urgencia de hablar con él.

«Cuando entró en la iglesia –cuenta Lucietta Pennelli–, se puso enfrente del confesionario del Padre, y éste, cuando acabó una confesión, me llamó y me dijo: –“Dile a aquella señora que está al lado del agua bendita que se vaya a vestir, porque yo así no la confieso”. Llevaba falda y manga corta y no tenía medias. Yo me acerqué a ella y le referí lo que me dijo el Padre. Le invadió el pánico. Me pidió ayuda, suplicándome que le diera algo para cubrirse, porque necesitaba urgentemente hablar con el Santo. Le di mi chaqueta y mi velo; y con las medias no sabía qué hacer. Fui a la portería y hablé con Fray Gerardo, pero el pobre fraile se disculpó porque no podía ayudarme. Me dijo un poco avergonzado: –“Yo sólo tengo un par de medias largas de lana, que uso cuando voy al pueblo y hay nieve”. Las acepté y, no se sabe cómo, conseguí que la señora se las pusiera, y se acercó al confesionario con los zapatos en la mano, ya que no podía ponérselos. Después de una breve espera, halló el modo de hablar con el Padre Pío, y cuando acabó el coloquio le dio la absolución, la confortó y la mandó a casa con la mayor serenidad».

Le había llamado, y de qué modo, la atención sobre la decencia, pero, en este caso, existían otras prioridades para el Padre. Si el Espíritu le llevaba un alma para ayudarla o salvarla, el santo confesor no tenía esquemas fijos.

5º El uso de cosméticos en las mujeres.

Por lo que se refiere al uso de cosméticos, hay que señalar que el Padre quería que las mujeres los usasen con mucha moderación.

Un día, cuando se retiraba a su habitación después de haber distribuido la comunión, se encontró con el pulgar y el índice de la mano derecha manchados con lápiz de labios. Y, mostrando los dedos a los Hermanos, desaprobaba el exceso en el cuidado por parte de las mujeres. Y decía: –«Distribuyes la comunión y te manchas; y después manchas los labios de quien viene a continuación». Intervino el Padre Marcello Lepore: –«Pero Padre, ahora es de uso común entre las mujeres. Todas se ponen el carmín». Y el Padre Pío: –«Así lo justificáis vosotros: todas hacen lo mismo. Razonando de esta manera, sois la ruina de la Iglesia». –«¿Pero qué tenemos que hacer? ¿Echarlas fuera?», replicó el Hermano. –«Alguna vez sí», respondió el Padre. –«Nosotros no lo podemos hacer. Si es usted el que las echa fuera, la gente vuelve; pero si lo hacemos nosotros, no vuelve nunca más». Y el Padre Pío replicó: –«Mejor poca gente convencida que tanta gente sin fe».

El Padre Pío de Pietralcina y la decencia en los vestidos

Algunas consideraciones y anécdotas sobre el modo como el Padre Pío de Pietralcina juzgaba la decencia en el vestir, sobre todo en las mujeres.

1º El cuidado de la propia persona.

El Padre Pío no tenía nada en contra del cuidado de la propia persona. Por la mañana, antes de bajar a la iglesia para celebrar la santa Misa, con el peine se arreglaba los cabellos y componía un poco su barba descuidada. El, que tanto se interesaba por la santa pobreza y a menudo vestía un hábito remendado y zurcido, quería que siempre estuviese bien limpio. Orden, limpieza y dignidad también las quería en la ropa de sus hijos espirituales.

Nos confía Enzo Bertani, uno de los responsables de la administración de la Casa Solfiero della Sofferenza: «Necesitaba yo un traje nuevo y, siendo terciario franciscano, no quería gastar mucho. Antes de efectuar el gasto le dije a nuestro Padre espiritual: –“Padre, quisiera ser más pobre en mi vestir”. Pero el Padre Pío respondió: –“Tú estás en tal lugar, y te tienes que vestir decorosamente. En esto no has de tener ningún escrúpulo”». Y en otra circunstancia análoga, en la que Enzo quería ahorrar en la compra de un par de zapatos, el Padre le dijo: –«Elige los buenos, así te duran más».

La señora Rina Giostrelli, casada con el conde Telfener, a quien el Padre había elegido como uno de sus colaboradores en la realización de su gran hospital, confirma: «Durante el último conflicto mundial no se podía comprar lana o hilo para hacer las medias. Nosotros deshacíamos las puntillas, y con el hilo recuperado, hacíamos pantuflas y zapatillas. Un día el Padre Pío me vio en los pies aquellos accesorios y me dijo: –“Tienes que ir vestida con dignidad; así conviene hacerlo siempre, y además lo tienes que hacer también por tu marido. Si yo vistiese un hábito desgarrado, San Francisco no quedaría bien parado”».

Cuando una chica, que era muy descuidada en el vestir, fue a quejarse con el Santo porque no podía encontrar marido, el Padre, que la veía muy melancólica, le contestó de forma inmediata: «Hija mía, arréglate un poco más».

2º El sentido común en el uso de la vestimenta.

El Padre quería que sus hijos espirituales demostrasen tener sentido común en el uso de sus vestidos.

La señora Rina Giostrelli sigue diciendo: «En los primeros tiempos, cuando con mi marido nos trasladamos a San Giovanni Rotondo, usaba yo un gorro. El Padre Pío, cuando lo vio por primera vez, me miró con cierta sonrisa irónica. Y esto se repitió una, dos y tres veces; después, viendo que yo no me daba por aludida, me dijo un día: –“¿Pero tú crees que estás más guapa con eso en la cabeza?”. Por supuesto que me saqué el gorro rápidamente».

El Padre además, le hizo entender que una cosa era ir al teatro y otra era morverse por el convento o estar en la iglesia.

Otra vez fue mucho más severo. A una señora, que llevaba puesto un sombrero con una pluma grande, y que esperaba cerca de su confesionario, el Padre Pío le dijo: –«Tú vete a confesarte con el diablo». No sabemos si el Santo leyó algo más en aquella alma. Probablemente sí.

Pero al Padre, sobre todo, le importaba mucho la modestia en el vestir, independientemente del lugar en que se vivía. El motivo de esta preocupación del Santo era que vestir de modo indecente puede constituir un escándalo, es decir, una ocasión de incitación al pecado para un hermano. ¡La muerte espiritual puede llegar a través de los ojos!

Una vez el Santo se asomó a la pequeña ventana de su habitación para saludar a la gente situada en el patio delantero; y por el altavoz, que difundía su voz, pudo oírse: –«¡Cuánta inmodestia en el vestir! ¡Avergonzaos!».

Por eso el Padre lanzaba continuas llamadas a la modestia, que tenían que observar sobre todo las mujeres. Sus hijas espirituales nos dicen que él había llamado a una cruzada contra la moda indecente. La razón era siempre la misma: ciertos modos de vestir pueden constituir un escándalo. Y el Padre aprovechaba cualquier ocasión para lanzar su llamamiento.

El Padre Pío le dijo un día a la señora Emilia, mujer del doctor Sanguinetti, el cual era su principal colaborador en la realización de la Casa Sollievo della Sofferenza: –«Deseo que mis hijos espirituales entablen una batalla contra la moda inmodesta, si quieren que les ayude en sus pruebas».

A una señora, mujer de un cónsul, presentada por el Padre Carmelo da Sessano, el Santo, viéndola con los brazos desnudos, le dijo: –«Te cortarían los brazos, porque sufrirías mucho menos de lo que tendrás que sufrir en el purgatorio». En otra circunstancia dijo: –«Las carnes desnudas arderán».

Un día mandó a una hija espiritual que le dijese a una mujer, que en la iglesia estaba con las piernas cruzadas, que tomase una postura más adecuada.

3º La decencia en el vestir.

En la indumentaria de sus hijas espirituales no admitía ninguna imperfección. Nos dice Lucietta Pennelli:

«Una vez fui a la iglesia con un bonito vestido nuevo, que tenía un escote pequeño, debido no a un modelo creado por la modista sino más bien a la corrección de un

corte equivocado. El Padre Pío me vio y me preguntó: –“¿Quién te hizo el vestido?”. –“Graziella Cascavilla”, respondí. Hay que observar que también la modista era una hija espiritual del Padre. –“No te lo vuelvas a poner”, replicó el Santo. Mas como yo sentía mucho tener que tirarlo, se me ocurrió utilizar una bufanda para cubrir el escote. El domingo fui a escuchar la Misa del Padre, que me dio la comunión, pero, al salir de la iglesia, una maestra de San Severo, Giulia de Julio, me dijo: –“Esta mañana, cuando te ha dado la comunión, el Padre Pío te ha mirado insistentemente”. Yo comprendí. Unos días más tarde fui a confesarme; el Padre, después de abrir la ventanilla, me dijo: –“¿Crees que te puedes burlar de mí?”. –“Padre, ¿qué dice?”, respondí. –“Con la bufanda que te pusiste alrededor del cuello no cubres nada. ¡Te dije que no volvieras a ponerte aquel vestido!”. –“Pero, Padre, ¿acaso voy a tirarlo? ¡Es nuevo!”. –“Entonces añádele un trozo”, concluyó el Santo».

Si cualquier ocasión era buena para llamar a la modestia, el momento más oportuno se le ofrecía al Santo en el confesionario, y de nada servían las astucias para escapar a su ojo escrutador. Lo experimentaron dos chicas de San Marco en Lamis, que frecuentaban la Escuela de Enfermeras de la Casa *Sollievo della Sofferenza*.

Reservaron el turno para confesarse, pero, llevando casi todos los días la minifalda, pensaron que, vestidas de esa manera, no se podían presentar en el confesionario del Padre. Entonces recurrieron a una solución sencilla. Antes de ir al convento, pasaron por el albergue para que sus compañeras le prestaran un vestido más largo. Después de vestirse con aquella ropa, que para ellas era inusual, y mirándose en el espejo, se dijeron una a la otra: –«¡Parecemos dos payasas!». Vestidas de ese modo, se fueron a la iglesia y se pusieron en la fila esperando a que las llamasen. Poco después llegó el Padre Pío; y deteniéndose delante de ellas, las miró y dijo al Hermano encargado de la vigilancia del turno: –«A aquellas dos payasas yo no las confieso».

4º No vale vestir de un modo en casa, y de otro en la iglesia.

Más de una vez el Padre Pío llamó *payaso* a las personas que se travestían con ropa modesta sólo para acercarse a él, cuando en la realidad de sus días vestían de modo distinto.

En la primavera de 1967, en el tren del trayecto Nápoles-Foggia, se encontraron dos madres con sus respectivas hijas que iban a ver al Padre Pío para confesarse. Las dos chicas se hicieron amigas rápidamente. María Teresa Nicosia, siciliana de Vittoria, que ya había estado con el Padre, viendo a su coetánea, que llevaba puesta una minifalda, le aconsejó que cambiase de ropa una vez que llegaran a San Giovanni Rotondo, porque vestida en aquel modo el santo fraile sin ninguna duda la alejaría del confesionario. Las dos chicas fueron juntas a una tienda, y la napolitana, aconsejada por su nueva amiga, compró una falda larga que le llegaba por debajo de la rodilla, y un par de medias gruesas; pero, mirándose al espejo, dijo: –«¡Si me viese mi novio, pensaría que soy un payaso!». El día de la cita con el Padre, la chica de Nápoles estaba esperando al lado del confesionario; pero, cuando llegó su turno y se abrió la ventanilla, oyó que le decían: –«¡Fuera, vete! Yo no confieso a los payasos».